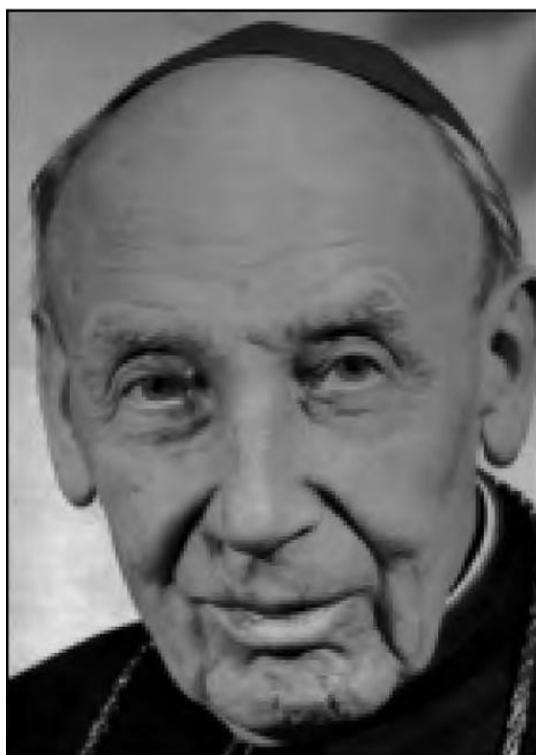


Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 37, pág. 4. Título original: *Quindicesima puntata: anche gli ecumenisti preparano il Concilio. IL PAPA DEL CONCILIO*. Autor: P. Francesco Ricossa. Fecha: **Abril-Mayo 1994 – Enero 1994**. Traducido al español. Pág. web: [www.sodalitium.it](http://www.sodalitium.it) - email: [info@sodalitium.it](mailto:info@sodalitium.it)

## *Décimo quinto episodio: También los ecumenistas preparan el Concilio*

### **“EL PAPA DEL CONCILIO”**

*por el P. Francesco Ricossa*



*El cardenal Agustino Bea*

# También los ecumenistas preparan el Concilio

El último episodio puso los ojos de los lectores en la preparación oficial e institucional del Concilio Ecuménico. Encabezada por el cardenal secretario de Estado Domenico Tardini, la comisión preparatoria se ocupó del futuro Concilio con el rigor, la seriedad y la corrección de la Curia romana. Pero durante mucho tiempo, en un clima totalmente distinto, se estuvo preparando otro Concilio, el que más tarde se conocería como Vaticano II, que, como un intruso, desalojará al preparado por Roma y ocupará su lugar. Este episodio cuenta cómo se preparó esta hábil y trágica sustitución.

## El Concilio por Monseñor Igino Cardinale

Ya hemos hablado <sup>(1)</sup> de Monseñor Cardinale, sobrino de Don Giuseppe De Luca, íntimo de Juan XXIII. Jefe de protocolo, pertenecía a la “familia pontificia” más que a la Curia romana. Era un hombre de Juan XXIII. Y he aquí que el 18 de febrero de 1959 “mantiene una larga conversación con Sir John Lawrence, anglicano, decano de *Frontier*”. El noble hereje anglosajón dejó un diario inédito (*Journal romain*) de aquellos días de febrero y marzo de 1959; un diario que Hebblethwaite leyó y del que extrajo el relato del encuentro Lawrence-Cardenal. ¿De qué tratará el próximo Concilio? «El cardenal (...) da a continuación tres ejemplos de posibles temas: 1. *El celibato eclesiástico*. El vínculo entre sacerdocio y celibato no puede imponerse en todas las situaciones. El ejemplo de las Iglesias unidas en comunión con Roma muestra que el celibato no es absolutamente necesario para el sacerdocio. Sin embargo, puede ser difícil hacer entender esto en los países *latinos*. 2. *La reforma litúrgica*. Pío XII ya había introducido cambios en la liturgia de Semana Santa, permitió las misas vespertinas, redujo el ayuno eucarístico. Es necesario ir mucho más lejos en este sentido. Será bueno llegar al uso de la lengua de cada país y dar a la Biblia su verdadero papel en el culto. 3. *El compromiso ecuménico*. “El Santo Padre está vivamente interesado en la unidad y considera que ciertas divisiones en el seno de la Cristiandad fueron creadas por motivos fútiles que sólo adquirieron tal importancia por razones históricas. En tales casos, el sentido común podría hacer mucho” (Lawrence, págs. 5-7). En febrero de 1959, estas eran las

ideas y comentarios que se recogieron en la “familia” del Papa. Los pronósticos de monseñor Cardenal resultaron ser correctas en dos de las tres cuestiones» (2).

### **...y el de Hans Küng**

Si Cardinale acierta en dos de tres, ¡el tres veces famoso Hans Küng se anota siete de siete! Por supuesto, respondió con «alborozo al anuncio del concilio. La edición alemana de *Konzil und Wiedervereinigung. Erneuerung als Ruf in die Einheit* apareció en 1960 (Hans Küng, *Riforma della Chiesa e unità dei cristiani*, Borla 1965). Ese mismo año Küng fue nombrado profesor de teología en Tubinga, a la jovencísima edad de treinta y dos años. (...) Küng tiene el valor de presentar una agenda para el concilio. Podríamos prescindir de decirlo, pues es obvio; no es exactamente la agenda que la Curia romana tiene en mente. Como ya se ha dicho, su libro no llegó a Italia hasta 1965. Para Hans Küng, el objetivo primordial del concilio es la reforma de la Iglesia. Si esta reforma tiene éxito, conduciría a la unión con los hermanos *separados* en igualdad de condiciones. Küng enumera los pasos que deben darse para satisfacer las legítimas demandas de la Reforma protestante: El reconocimiento de la Reforma como acontecimiento *religioso* (irreductible a acontecimientos políticos o psicológicos como la *libido* de Martín Lutero); una mayor consideración y valoración de la Biblia en la teología y el culto; el desarrollo de una liturgia popular, obviamente en la lengua del país; una auténtica comprensión del sacerdocio universal de todos los creyentes; el diálogo entre la Iglesia y otras culturas; la separación del papado de cualquier enredo político; la reforma de la Curia romana y la abolición del Índice de libros prohibidos. Küng demuestra ser un profeta clarividente: estas siete exigencias tuyas se encuentran todas, aunque de forma diferente, en los documentos finales del Concilio. Además, el teólogo de Tubinga se refiere astutamente al Papa Juan (...). Küng contrapone al Papa despierto y vivaz con una cristiandad dormida: “(...) ¿Podrán las palabras y los hechos del Papa despertar a estos durmientes? (...) Juan nunca hizo ningún comentario público sobre Hans Küng. (...) El cardenal Franz König, arzobispo de Viena, (...) escribió el prefacio a la edición alemana del libro y habla de él como de un “feliz presagio”. En su introducción a la edición francesa, el cardenal Achille Liénart, de Lille, subraya su importancia ecuménica (...). Se podría concluir razonablemente que, independientemente de lo que hiciera la Comisión Preparatoria, Küng ya había establecido el orden del día real del Concilio y elaborado el plan de batalla para su primera sesión» (3).

## Paderborn

También en Alemania (aunque suizo, Hans Küng era profesor en Tübinga), se urdía otro plan para orientar el futuro concilio hacia las quimeras del movimiento ecuménico.

Paderborn: “ciudad de la RFA (República Federal Alemana), Renania del Norte-Westfalia, 69.000 habitantes” según la *Nueva Enciclopedia Universal Garzanti* de 1985. Para la Iglesia católica, archidiócesis desde 1930; en 1961 había 9.007.173 habitantes en toda la diócesis, de los cuales sólo 2.155.066 eran católicos (cf. *Anuario Pontificio*). Todos los demás son protestantes, factor que influirá notablemente en nuestra historia. Hoy, Paderborn es conocida como la diócesis del “teólogo” psicoanalista Drewermann, que reduce el cristianismo a un mito. Pero ya en 1580, el obispo de Paderborn, Enrique de Lauenburg, se adhirió a la “Confesión de Augsburgo”, el credo de los luteranos <sup>(4)</sup>. En 1834, el arzobispo de Colonia y sus sufragáneos de Münster, Tréveris y Paderborn firmaron una convención secreta con el gobierno protestante prusiano sobre los matrimonios mixtos entre católicos y protestantes, en contra del Breve que el papa Pío VIII había promulgado al respecto en 1830 <sup>(5)</sup>. El hecho de que la diócesis de Paderborn fuera la única en el mundo en admitir el uso de la Sagrada Comunión el Viernes Santo es quizá prueba de su sensibilidad hacia el movimiento litúrgico <sup>(6)</sup>. En 1941, Lorenz Jaeger fue elegido arzobispo de Paderborn. ¿Quién habría pensado, en vísperas del Vaticano II, que el Concilio se hubiera hecho no en Roma, sino en Paderborn, no por la Curia, sino por un obispo de los Países Bajos? Y, sin embargo, así sería.

Basta leer la “Historia de la Iglesia” editada por Jedin para convenirse: “Por iniciativa del arzobispo de Paderborn Lorenz Jaeger (1892-1975) y del obispo luterano de Oldenburg Wilhelm Stählin (1883-1975), teólogos de las dos confesiones se reúnen anualmente en Alemania desde 1946 para discutir las doctrinas de la fe comunes a ambas confesiones o que son elemento de división. Con la participación decisiva del profesor de teología holandés Jan Willebrands (nacido en 1909), en 1952 se constituyó la *Conferencia Internacional para los Problemas Ecuménicos*, cuyos trabajos dieron lugar al *Secretariado para la Promoción de la Unidad de los Cristianos*, creado en 1960 por el Papa Juan XXIII y dirigido por el cardenal Augustine Bea (1881-1968). En 1962 recibió el estatuto oficial de Comisión Conciliar y, como tal, desempeñó un papel decisivo en la preparación del *Decreto sobre el Ecumenismo* del Concilio Vaticano II” <sup>(7)</sup>. De Paderborn al Concilio, pasando por Bea y Juan XXIII, el camino es directo. Intentemos seguir mejor sus huellas...

## **Pío XI condena, Juan XXIII aprueba**

No es éste el lugar para contar la historia del movimiento ecuménico moderno, historia que nos alejaría demasiado del tema y que, por otra parte, ya hemos expuesto en un episodio anterior <sup>(8)</sup>. Baste recordar que el *movimiento ecuménico* nació a finales del siglo pasado en el seno de las sectas protestantes, preocupadas por las divisiones congénitas de su mundo religioso, y desembocó, con la adhesión de los “ortodoxos”, en el Consejo Ecu­ménico de las Iglesias (CEC), fundado en Amsterdam en 1948 por 147 “iglesias” cristianas. Sin embargo, la Iglesia católica siempre rechazó las invitaciones de los ecumenistas a participar en sus conferencias periódicas o a formar parte del CEC; de hecho, tres decretos del Santo Oficio (de 4 de julio de 1919, 5 de junio de 1948 y 20 de diciembre de 1949) prohibieron incluso a católicos individuales participar en tales conferencias sin autorización previa de la Santa Sede. Además, la histórica encíclica “*Mortalium ánimos*” de Pío XI (6 de enero de 1928) condenaba severamente el movimiento ecuménico entonces llamado “pancristianismo” <sup>(9)</sup>. ¿Cómo es posible, entonces, que en 1960 Juan XXIII aprobara, con la creación del *Secretariado*, ese movimiento ecuménico que su predecesor había condenado?

### **Mons. Arrighi, “profesor” de protestantismo**

La encíclica del Papa Pío XI plegó, pero no doblegó, a los católicos ecumenistas que, como Dom Beauduin, amigo personal de Roncalli, estaban involucrados en el movimiento. Ayudados por la confusión creada por la Segunda Guerra Mundial, volvieron a levantar la cabeza al principio de la posguerra, especialmente en Francia y Alemania. “Después de la segunda guerra mundial, surgieron en muchos lugares grupos *Una Sancta*, compuestos por laicos y teólogos, como centros de encuentro fecundo entre católicos y protestantes en la oración y el diálogo” <sup>(10)</sup>. En Francia destacan Paul Couturier (1881-1953) y el padre M. Yves Congar OP (nacido en 1904), sin embargo, cayó en desgracia por las sanciones vaticanas tras la Encíclica *Humani Generis* de Pío XII (1954). Pero el padre Congar tiene a alguien que lo ayude...; entre otros, Mons. Jean-François Arrighi (un corso), secretario del cardenal Tisserant. «El papa Juan —escribe Hebblethwaite— conoció a Arrighi en París y lo estimó mucho. Cuenta la leyenda que Arrighi dio lecciones de teología protestante al papa Juan. Lo cierto es que los dos mantuvieron numerosas conversaciones sobre cuestiones ecuménicas durante el período de preparación del Concilio. Arrighi actuó como intermediario con

teólogos franceses como Yves-Marie Congar, que todavía estaba en desgracia. Congar pensaba que la Iglesia Católica debía tener la decencia de reconocer que otros también habían estado cultivando el campo ecuménico durante algunos años. Escribe: “En el momento en que salió de su semi-absentismo en materia de ecumenismo, la Santa Sede encontró el campo trabajado y sembrado, cubierto de gruesas espigas de maíz ya grandes...” (Congar, *Chrétiens en dialogue*, pág. LIII)”<sup>(11)</sup>; Juan XXIII no tuvo tiempo de anunciar que convocaría un Concilio, cuando Arrighi, fortalecido por su amistad con el Papa Roncalli, ya en febrero de 1959, pidió la constitución en Roma de un “pequeño grupo con amplios poderes para tratar las cuestiones ecuménicas”<sup>(12)</sup> para no perder la oportunidad que ofrecía el Concilio. Arrighi tiene buenas esperanzas de tener éxito en su intento: “una palabra clave de todos estos ecumenistas católicos es *colegialidad*” y “era bien sabido que el papa Juan era partidario de la colegialidad (...). El acto de convocar un Concilio es una extensión de este mismo principio (...). El 23 de febrero de 1959, Arrighi explicó: “Juan XXIII aplicó realmente el sistema de gobierno colegial y trabajó con sus hermanos en el episcopado. Contrariamente a Pío XII (...). Partidario de la colegialidad y el ecumenismo: «Está realmente preocupado por el destino de la unidad —le dijo Arrighi al protestante Lawrence en febrero de 1959—. Su punto de partida es la Iglesia ortodoxa, pero **cuando uno se hace ecuménico, debe abarcar a todos**”. Tenía alguna experiencia del protestantismo en Francia. El Papa utilizó la expresión **la búsqueda de la unidad** en un encuentro privado. **Esta expresión es significativa y parece haber querido aplicarla igualmente a la Iglesia Católica Romana** (¡como si aún no tuviera esa unidad que es una de las notas de la verdadera Iglesia de Cristo!). Recientemente convocó a la Congregación para las Iglesias Orientales y dijo: “Sé que humanamente hablando mi plan es imposible, pero Dios pide unidad y debemos hacer algo en esta dirección”»<sup>(13)</sup>. Por lo tanto, Arrighi ya tenía la idea de algo similar a la futura “Secretaría para la Unidad de los Cristianos” (de la que inmediatamente se convertiría en miembro) en febrero de 1959, y Juan XXIII parecía bien dispuesto hacia la causa ecuménica. Pero no será Arrighi, sino el cardenal Bea, el confesor de Pío XII (!), quien tendrá éxito en el intento.

## **El criptoecumenismo del confesor de Pío XII**

Riedböhringen (Alemania), 28 de mayo de 1881: Agostino Bea nace en el seno de una familia católica: por tanto, es coetáneo del futuro Juan XXIII<sup>(14)</sup>. En resumen, su curriculum vitae: novicio jesuita en 1902, sacerdote en 1912, profesor de Sagrada Escritura en Holanda de 1917 a 1921 y

en Roma desde 1924 hasta 1959, primero en el Pontificio Instituto Gregoriano y luego en el Pontificio Instituto Bíblico, del que fue rector de 1930 a 1949. El padre Bea era conocido sobre todo como confesor de Pío XII, oficio que recibió en 1945 y que ocupó hasta la muerte del Papa en 1958 <sup>(15)</sup>. Evidentemente, esta delicada tarea le permitió ejercer una cierta influencia en la muy delicada conciencia del Papa y, por tanto, en sus decisiones. La confianza que Pío XII depositó en él, entonces, tranquilizó, si hubiera sido necesario, las convicciones del padre Bea y su fidelidad a la Iglesia. Y sin embargo...

Y, sin embargo, incluso antes de su pontificado en su juventud, un observador atento podría haber detectado el prudente pero decisivo apoyo que Bea dio tanto al “movimiento litúrgico” (volveremos a hablar de esto) como al “ecuménico” <sup>(16)</sup>. Una primera, y todavía vaga, iniciación “ecuménica”, el Card. Bea la obtuvo desde el lugar de nacimiento y sus primeros estudios. Él mismo reconocía que su diócesis de origen, que en la antigüedad era la de Constanza, estaba todavía marcada por el espíritu liberal de J. H. Wesenberg, durante mucho tiempo vicario general de la diócesis, a quien, sin embargo, Roma siempre negó el nombramiento episcopal <sup>(17)</sup>. Después de dejar su pueblo natal, que era enteramente católico, Bea realizó sus estudios superiores en Constanza, “en un ambiente ecuménico”, como él decía, porque era confesionalmente mestizo <sup>(18)</sup>. Pero fue mucho más tarde, cuando, paradójicamente, fue llamado al Santo Oficio como consultor, en marzo de 1949, cuando el padre Bea se ocupó directamente de los movimientos ecuménicos. En el contexto de ese Santo Oficio, que más tarde contribuyó eficazmente a destruir, él podía ser consultado sobre cuestiones exegéticas, o sobre asuntos relacionados con los países de habla alemana. Algunos atribuyen a su influencia el hecho de que la instrucción del Santo Oficio sobre el ecumenismo de diciembre de 1949 sea inexplicablemente más posibilista que la que le precedió en 1948, de la que debería haber sido sólo una aplicación práctica <sup>(19)</sup>. Sea lo que fuere, Bea se convirtió inmediatamente en el discreto, pero eficaz punto de referencia romano para los ecumenistas alemanes. En los primeros tiempos, sólo existía el ya mencionado “**Círculo Jaeger-Staehlin**”, llamado así por el arzobispo de Paderborn, responsable del movimiento ecuménico de la Conferencia Episcopal de la República Federal de Alemania, y el “obispo” luterano de Oldemburgo. Al principio, el mediador entre Jaeger y Bea fue monseñor Josef Höfer, también miembro del Círculo, “sacerdote de la archidiócesis de Paderborn, profesor de teología pastoral y luego, durante 14 años (de 1954 a 1968), consejero eclesiástico en la embajada de la República Federal de Alemania ante la Santa Sede. **Por una parte, buscó sugerencias y apoyo de Bea;** por otra parte, él mismo

fue para Bea —como para muchos otros en los círculos eclesiásticos de Roma— de preciosa ayuda para tejer contactos con el mundo no católico” (20). Más tarde Höfner conocerá y —Hebblethwaite lo deja claro— apreciará “la obra del teólogo suizo Hans Küng”, según el cual la doctrina de Lutero y la del Concilio de Trento no son incompatibles (21). A través de esta valoración de Küng, Bea siguió “con gran interés y esperanza” el trabajo del “círculo Jaeger-Staehlin” hasta que entró en contacto directo con el propio arzobispo de Paderborn, con quien mantuvo “largas conversaciones” durante las visitas de Jaeger a Roma. “Bea se interesó particularmente por el proyecto del arzobispo de fundar un instituto ecuménico en la sede de la archidiócesis, y le animó a hacerlo” (22). Así, nació en **1952 el Instituto Ecuménico J. Adam Möhler** del tándem Jaeger-Bea (23). “Posteriormente, se desarrollaron contactos frecuentes y fructíferos entre Bea y los directores de este Instituto (...). En **1957**, Bea escribió al director del Instituto, el dr. Eduard Stakemeier: “Parece que (con el Instituto) el Espíritu Santo quiere preparar algo **que hace sólo unas décadas nadie hubiera creído posible**” (23). En vísperas del pontificado de Juan XXIII, por tanto, todo estaba preparado para el golpe de Estado ecumenista. Lo único que faltaba era... Juan XXIII. Por el momento, había que contar con Pío XII, quien, aunque enfermo y mal influenciado por su confesor (el mismo Bea), ciertamente no habría querido una presentación demasiado explícita del ecumenismo. Bea lo sabía, y por eso hablo de su criptoecumenismo, todavía lo suficientemente oculto y discreto como para no preocupar a nadie. Estaba, por ejemplo, en contacto amistoso con un movimiento ecumenista protestante, llamado **Sammlung**. Sin embargo, sabía que su juego no debía quedar demasiado expuesto. De hecho, “también recibió sugerencias o incluso peticiones para que tal o cual representante del movimiento fuera recibido en audiencia privada por el Papa (Pío XII); pero él respondió que era más **prudente** contentarse con la participación en una audiencia general, en un lugar destacado, y en este sentido, de hecho, trabajó para algunos. Cuando Max Lackmann publicó su estudio *La Reforma Católica*, Bea **no creyó oportuno** presentar el volumen a Pío XII” (23), a sabiendas de que el Pontífice “habría estallado”.

Aún más importantes fueron los contactos de Bea con **la Conferencia Católica para las Cuestiones Ecuménicas**, fundada en Warmond (diócesis de Haarlem, Holanda), por el entonces profesor de filosofía Johannes G. M. Willebrands, que también actuaba como secretario. Willebrands hará carrera (¡cardenal!) y tendrá el “honor” de llamar a Lutero “doctor común de la Iglesia”. En cuanto a la pobre y una vez gloriosa Iglesia holandesa, el período postconciliar demostrará, en aras de la plenitud, su deriva cismática...

Pero este es el futuro brillante por el que trabajaron nuestros héroes. Mientras tanto, la Conferencia fue el punto de encuentro con “un buen número de ecumenistas de diversas nacionalidades”, en particular los franceses. Aquí encontramos a monseñor Arrighi, monseñor Höfer de Paderborn, el dominico francés Christophe Dumont y el monje de Chevetogne (el monasterio de Dom Beauvuin) Pierre Dumont... El objetivo de la Conferencia es seguir “los trabajos del Consejo Ecuménico de las Iglesias de Ginebra” (24), cuyo Secretario General, W.A. Visser’t Hooft, era de la misma nacionalidad que Willebrands. Willebrands se movió entre el Consejo Ecuménico de Iglesias y el padre Bea, a quien conocía desde 1951, un año antes de fundar su asociación ecuménica. Por el contrario, el encuentro, que tuvo lugar en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, tenía precisamente el propósito de sondear a Bea sobre la creación prevista de la Conferencia. En cuanto al Instituto Möhler, también para la *Conferencia*, Bea le dio ánimos. De 1952 a 1960, la *Conferencia* celebró diez reuniones “durante las cuales se estudiaron los grandes temas de la actualidad ecuménica” (25). Bea recibió asiduamente a Willebrands y preparó el terreno para la llegada a Roma de los miembros protestantes del Consejo Mundial de las Iglesias, como el futuro “obispo” luterano de Oldenburg, H. H. Harms, al Pontificio Instituto Bíblico, y a través de Hans Ruedi Weber al Congreso Internacional para el Apostolado de los Laicos en 1957 (26). Pero, una vez más, el muy prudente Bea no consideró oportuno pedir una audiencia privada con el Papa Pío XII para Harms; mejor enviarlo a su antiguo alumno, el arzobispo de Utrecht, el célebre Bernard Alfrink (26).

**Para concluir:** el trabajo realizado a lo largo de una década (1949-1959) por los movimientos ecuménicos apoyados por Bea desembocó, sin duda, en el Concilio Vaticano II. No en vano, la Conferencia de Mons. Willebrands “trabajó —como él mismo escribe— hasta el umbral del Concilio” y luego se disolvió. “De hecho, como todos saben, en **1960** el Papa Juan XXIII convocó un Concilio ecuménico de la Iglesia e instituyó el *Secretariatus ad christianorum unitatem fovendam*, bajo cuyo liderazgo quería colocar al cardenal Agustín Bea, y que tenía como objetivo introducir en la preparación del Concilio **la intuición ecuménica que brotaba del pensamiento de este gran Papa**” (25). De este modo, la Conferencia de Willebrands se fusionó con el Secretariado deseado por Juan XXIII, y “los sólidos estudios sobre los problemas ecuménicos más importantes elaborados por la Conferencia a partir de 1952 en sus conferencias más o menos anuales, convergieron entonces en los trabajos preparatorios del Secretariado con vistas al Concilio” (25). Y no sólo el movimiento “católico” de Willebrands,

sino también el movimiento ecuménico protestante Sammlung del “preboste” Hans Christian Asmussen (1898-1968), quien declaró a Bea en 1962: “Ahora que su Secretaría ha emprendido lo que yo pretendía, puedo retirarme” (27).



*Un monje de la abadía de Chevetogne en Bélgica.*

## **El viejo y la ruina**

Pero... “es sólo una preparación, a la que le falta el soplo del Espíritu Santo que sopla sobre el pontificado del Papa Juan XXIII” (Schmidt) (28). Por el momento, sin embargo, el Espíritu Santo, el verdadero, seguía soplando, bajo Pío XII, en dirección opuesta (29).

Pero el papa Pacelli estaba ya en las últimas. Recuperado de la grave crisis que lo había llevado al borde de la tumba en 1954, sucumbió repentinamente el 9 de octubre, después de solo tres días de enfermedad. Su antiguo confesor (tenía 79 años), el padre Bea, también estaba gravemente enfermo y no pudo asistir a Pío XII, sustituido en esto por el padre Leiber S.J.; el Papa y su confesor no se volverán a ver (30). Bea parecía un hombre acabado: cuando, inesperadamente, fue creado cardenal por Juan XXIII, fue definido como “**un viejecito que ya no representa nada entre los jesuitas**” (31).

¿Recuerda el lector que monseñor Roncalli, que acababa de ser nombrado nuncio en París en diciembre de 1944, fue definido a su vez como “una vieja ruina”? (32). Sin embargo, estos dos ancianos de casi ochenta años se encontrarán, y de su encuentro se derivaron consecuencias de incalculable gravedad para la Iglesia. Dedicaré el próximo episodio a sus informes hasta el 5 de mayo de 1960 (fecha de la creación del Secretariado para la Unidad de los Cristianos).

### Notas

- 1) Cf. *Sodalitium*, n° 33 págs. 23 y 26.
- 2) Peter Hebblethwaite. Juan XXIII. *II papa del Concilio*. Edición italiana editada por Marco Roncalli. Rusconi. Milán. 1989. págs. 459-460.
- 3) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, págs. 526-528.
- 4) Enciclopedia Cattolica. Città del Vaticano, 1952. vol. IX, col. 515; *Voz de Paderborn*.
- 5) JOSEPH LORTZ. *Storia della Chiesa*. Paoline, Roma, 1982, vol. II, párr. 115.4, págs. 440 y 441.
- 6) DOMINICUS M. PRÜMMER O.P., *Manuale Theologiae Moralis*, Herder, Friburgo de Brisgovia, vol. III, n° 221.
- 7) ERWIN ISERLOH, *La storia del movimento ecumenico*, en: AA.VV., *Storia della Chiesa*, dirigida por Hubert Jedin, edición italiana del 1980, Jaca Book, Milán, vol. X/1, pág. 411.
- 8) *Sodalitium*, n° 25, págs. 26-27.
- 9) El término “pancristiano” parece atribuirse al pastor valdense Ugo Janni, director de la revista ecumenista “Fede e Vita”. La suya es una figura que merece ser estudiada con más detenimiento (cf. Cesare Milaneschi. Ugo Janni, *Pionere dell’ecumenismo*, Claudiana Turín), así como la de uno de sus colaboradores católicos, Alessandro Favero (1890-1934). “Sus grandes ideales fueron el pacifismo y la reunificación de las iglesias cristianas”, por lo que Favero fundó en 1913 (en medio de la tormenta modernista) la “Liga de Oración para la Unión de las Iglesias Cristianas”. Desafortunadamente para él, en el mismo año, uno de sus libros sobre monseñor Luigi Puecher Passavanti, un arzobispo anti-infalibilista, terminó en el Índice. Este Favero es una figura extraña: un amigo de los rosminianos y de Don Coiazzi, hagiógrafo de Pier Giorgio Frassati, que definirá a Favero como “el sabio y santo que vive en el mundo con el voto de castidad”. Pero al mismo tiempo un modernista como Fogazzaro y descendiente del falso místico polaco Towianski (1799-1878), un ferviente “católico”, pero negador de la eternidad del infierno, un defensor de la transmigración de las almas y de la relatividad

de todos los dogmas. Y ya que estamos hablando de Polonia, sería interesante profundizar en la influencia del pensamiento de Towianski y de otros “místicos” polacos como Mickiewicz (1798-1855) y el teósofo Blatvatsky sobre el joven Karol Wojtyla (cf. ROCCO BUTTIGLIONE, *La pensée de Karol Wojtyla*, Fayard, 1984, págs. 36, 40 y 45; ed. italiana: *Il pensiero di Karol Wojtyla*, Jaka Book, Milán, 1982), así como la del “misticismo” judío sobre el mismo (cf. Buttiglione, págs. 40 y 45). Sobre Favero, véase la contribución de Annamaria Sani, *Tra modernismo e pacifismo- Il carteggio Favero-Colombo*, en *Contributi e documenti di storia religiosa, Quaderni del Centro Studi C. Trabucco*, Turín, 1993, nº 19, págs. 39-69.

10) E. ISERLOH, *Il movimento ecumenico, op. cit.*, pág. 410.

11) HEBBLETHWAITE, *op. cit.* pág. 461-462.

12) LAWRENCE, *Journal Romain*, pág. 20, citado en Hebblethwaite, p. 462.

13) LAWRENCE, pág. 19; HEBBLETHWAITE, págs. 462-463.

14) Algunos han propuesto la hipótesis de que Bea era de origen judío (el apellido original habría sido Beha o Behar), pero sin pruebas documentales. La biografía más completa es la de su secretario, el padre STJEPAN SCHMIDT S.J., *Agostino Bea, il cardinale dell'unità*. Città Nuova, Roma, 1987. También es interesante la conmemoración que con motivo de su muerte hizo la revista del SIDIC (service international de documentation judeo-chrétienne), via Garibaldi 28, 00153 Roma, número especial de 1969.

15) Sobre las circunstancias y razones de la elección de Bea como confesor del Papa, cf. Schmidt, *op. cit.*, págs. 166-167. Bea sucedió a otros dos jesuitas de lengua alemana, el padre van Laak (11941) y el padre Merk († 1945).

16) Por su papel absolutamente deletéreo en el campo litúrgico bajo el pontificado de Pío XII, cf. Schmidt, *op. cit.*, págs. 224-249; sobre el ecumenismo de Bea en el mismo período, cf. Schmidt, *op. cit.*, págs. 166-167.

17) Cf. SCHMIDT, *op. cit.* pág. 26. Ignaz Heinrich von Wessenberg (1774-1860), ilustrado y febronista, apostó por las devociones privadas, reformó la liturgia introduciendo, entre otras cosas, la lengua vernácula, y reivindicó una gran autonomía de los obispos respecto a Roma. ¿No le recuerda esto a algo?

18) Cf. SCHMIDT, *op. cit.*, págs. 33-36.

19) Cf. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 252.

20) SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 253.

21) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, pág. 462.

22) Para todas estas citas, cf. SCHMIDT, *op. cit.* pág. 253-254.

23) Johann Adam Möhler (1796-1838), sacerdote, profesor libre de Historia eclesiástica en la Facultad católica de Teología de Tubinga (1826-1835) y luego profesor de Exégesis del Nuevo Testamento en la Universidad de Munich durante sólo un año. Representante de la «Escuela de Tubinga» fundada por Sailer. Mons. Piolanti, en la *Encyclopaedia Catholica*, lo defendió de oficio (vol. VIII, col. 1208-1211), pero tuvo que admitir que «algunos (Vermeil, Fonk) quisieron descubrir el origen (en la obra de Möhler) de aquel inmanentismo, que más tarde fecundaría en el modernismo las tendencias religiosas condenadas por B. Pío X». Abandonó la escolástica en favor del estudio positivo de la Escritura y de los Padres. En cuanto al «desarrollo del dogma», se vio influido por «una antigua herencia antirromana». Lortz, más explícitamente, hace de Möhler el partidario de las teorías episcopalistas, próximas al movimiento infalibilista renovado por de Maistre en *Du Pape*, y añade: “su influencia, que ha llegado hasta nosotros, viene dada por el hecho de que él, en lugar de mantenerse tímidamente al margen de la corriente filosófica mayor del siglo, **el hegelismo**, fue capaz de llegar con ella a una dialéctica vivificante (Eschweiler). Su estilo hizo que su discusión con el protestantismo fuera fructíferamente superior (*sic*) a las polémicas y apologéticas coyunturales existentes antes (y lamentablemente también después) (*re-sic*). Advirtió, en cierto sentido, algo de los problemas profundos. por lo que se había luchado en la Reforma” (!). (cf. *Storia della Chiesa*, págs. 405, 409, 411, 427, 438, 469). Por supuesto, Möhler se convirtió en el «patrón» de los ecumenistas, no sólo alemanes: el padre Congar lo difundió el mensaje en numerosas publicaciones en francés.

24) HEBBLETHWAITE, *op. cit.* pág. 461.

25) Cf. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 7 (introducción al libro escrita por el propio Willebrands) y 256.

26) Cf. SCHMIDT, *op. cit.*, págs. 256-257. Mostrando la biblioteca a Harms, éste le comentó que era «una buena biblioteca protestante». Para la visita de Weber, tuvo que obtener permiso del Santo Oficio.

27) SCHMIDT, *op. cit.* pág. 255.